

**A PIE
DE CALLE**CATALINA
Gayà

RICARD CUGAT



►► Tres sillas vacías en el parque del Centre del Poblenou frente a una pared vegetal aromática, el sábado.

Un parque para uso de todos

Alberto calzaba unas bambas y junto a su mujer, **Nuria**, jugaba a básquet con sus hijos en el parque del Centre del Poblenou. Lloviznaba, pero las familias y los deportistas (ayer llegaban hasta con el dorsal de la Mercè) no renunciaban a un parque que, desde que se inauguró, en el 2008, ha provocado críticas. La última: una carta de un lector, quejándose porque dos de las sillas miran a un herbal. Leía en el mapa que, en realidad, esos hierbajos son plantas aromáticas. Sentada en esa silla, no olía a Mediterráneo. Se colaba el tráfico de Barcelona por las ventanas; las grúas de las obras llegaban por el cielo, también los hoteles de altura y las senyeres.

Detrás de mí, un grupo de padres sentados observaban a sus hijos. Más atrás, estaba una modelo y un fotógrafo en plena sesión y, mucho más atrás, estaban **Nuria** y **Alberto**, y sus hijos, en una cancha. Me acercaba y, primero, hablábamos del parque. Hace años que vienen. Su única queja son los perros y esa es la queja «de todo el mundo», zanjaba **Nuria**. No reconozco el acento, les decía yo, y los dos hacían un gesto cansado. Hace más de 15 años que responden a esa pregunta: nacieron en Ecuador

y los trajeron cuando eran adolescentes. Los dos son hijos de madres transoceánicas, madres que, cuando ellos eran niños, se conectaban en algún locutorio barcelonés para hablar con ellos, en Guayaquil. Ahora son adultos, con hijos catalanes y ellos, dicen, en la medida que pueden y, les dejan, son catalanes.

En el *les dejan* regresaban los perros del parque: los dueños de los perros que, decía **Nuria**, no le hacen caso porque «no es de acá». «No siem-

Las zonas verdes son para practicar deporte gratis en muchas ciudades del mundo

pre», añadía como disculpa. Con generosidad, sin casi preguntas, los dos hablaban del pasado. Nuria pasó toda la infancia con los hermanos que «aún no se venían». De aquí recordaba una habitación en algún piso de Barcelona: ocho personas, dos literas, un matrimonio colombiano abajo. Ella, con su mamá en la cama de arriba. En la otra litera, una pareja de mujeres.

Alberto tenía 20 y solo decía una

palabra: «Rebeldía». Pasó de vivir en una casa con su papá a compartir un piso en el que se hacían 20 personas. Dos rebotes de pelota y dejaban el pasado en el pasado. Ahora, explicaban, están en el paro como tanta otra gente. «Hay que ser positivo, saldrá algo, seguro», decía.

De nuevo, en el parque. Explicaba **Nuria** que en Ecuador hoy en día los parques están llenos de adultos que practican deporte: se ha puesto de moda una actividad de baile y gimnasia. «Es una medida contra la obesidad, pero funciona muy bien porque sales, haces ejercicio y conoces a gente. Ahí es diferente porque los niños también juegan».

En Ecuador, Israel, Tailandia, México, Reino Unido, Dinamarca.... el parque ya no es solo un espacio para los niños o para los jubilados. En muchas ciudades, en los parques se juntan personas que no se conocen que buscan pasar un rato, hacer ejercicio gratis y divertirse. En los parques tailandeses, se practica una mezcla de taichi y de baile tradicional. La media de edad, 50; muchas mujeres. En Copenhague, son las autoridades quienes animan a los daneses a practicar deporte en el espacio público. En Estados Unidos, se ha puesto de moda una especie de entrenamiento para marines que es tan duro como transgeneracional.

¿En Barcelona? Lo buscaré esta semana. Regresaba a las sillas con vistas al espacio aromático. El chirimirí ayudaba a aflorar el olor a algo, quizá a romero. ■

cgaya@elperiodico.com